

[1978]

PALABRA DE DIOS Y COMUNIDAD CRISTIANA

La predicación intenta poner en contacto vivificante la Palabra de Dios y la comunidad cristiana. Pero esta puesta en contacto plantea graves problemas tanto teóricos como prácticos. Percatarse de ellos y encontrar principios de solución puede ayudar a que la predicación cristiana vaya siendo lo que debe ser. La relación Palabra de Dios-Comunidad cristiana es, sin duda, un tema básico de la teología y de la praxis cristiana de enorme amplitud, pero aquí se lo enfocará sólo parcialmente con la vista puesta en lo que debería ser el anuncio del evangelio, tal como se realiza en la predicación. Para ello subrayaremos primero algunos perfiles del problema y después propondremos algunos principios de solución.

z 1. Los dos polos de la predicación y su problematismo

Los dos polos inmediatos de la predicación son en un extremo la Palabra de Dios y en el otro la Comunidad que la ha de recibir. Ahora bien, ninguno de los dos polos son "cosas" que están ahí y que sólo necesitarían ponerse en contacto físico. Son realidades que deben hacerse mutuamente presentes y su presenciarización es en sí misma problemática, aun aceptado creyentemente el hecho de que se da la Palabra de Dios y la Comunidad de fe.

a) En efecto, la Palabra de Dios no es sin más una presencia fija que sólo necesitaría ser desvelada, como si fuera un tesoro oculto con piezas contadas, que únicamente habría que encontrar y sacar a luz. Al contrario, contiene posibilidades reales que sólo pueden actualizarse según las distintas necesidades nuevas del acontecer histórico. Por poner un ejemplo, el tema de la liberación histórica tiene en el mensaje bíblico un peso de primera magnitud, pero sólo se ha actualizado -y está aún muy lejos de haberse actualizado en su plenitud- cuando una determinada situación histórica ha interpelado a la Biblia en busca de una respuesta cristiana a una necesidad histórica. No es que la Palabra de Dios ofrezca posibilidades indefinidas en el sentido de que se le pueda hacer decir cualquier cosa, pero tampoco esas posibilidades son localizables en el texto mismo sin referencia alguna a la no-



vedad de la historia; sólo la realidad histórica con su intrínseca novedad irá logrando -o malogrando- que la Palabra de Dios vaya dando de sí lo que contiene realmente: la Palabra de Dios es viva y creadora, pero lo es respecto de una historia siempre nueva. Por otro lado, sólo sería viva y creadora si es capaz de decir cosas nuevas a cualquier situación histórica realmente nueva. La presencia vivificante e iluminante del Espíritu prometido es la garantía de que esa novedad no rompa la unidad de una misma e idéntica Palabra de Dios, que se manifiesta en el texto escrito, en la tradición viva y en la novedad histórica de los tiempos como signo.

De otra parte no puede pasarse por alto el hecho de que el mensaje bíblico es todo él histórico. Ha ido surgiendo no de una arbitraria voluntad de un Dios que ha ido revelándose cuando le ha parecido -no consiste en eso la libertad de la donación divina- sino de un Dios que ha ido acompañando a un pueblo y a sus comunidades en una marcha histórica de salvación. La Palabra de Dios, por tanto, no refleja tan sólo lo que Dios ha querido decir definitivamente sino también lo que era en una situación determinada la comunidad o la persona co-autora del mensaje; Dios ha hablado "por medio de" los Padres, los Profetas, el Hijo y este "por medio de" es una mediación fundamentalmente posibilitante, pero también limitante. Esto exige una hermenéutica correcta, la cual más que lingüística debe ser histórica, en el sentido de que ha de atender a la situación histórica como a determinante fundamental, lo cual, claro está, no excluye sino que exige todo el esfuerzo de una hermenéutica lingüística. Pero esta hermenéutica histórica no lleva a la adquisición de una Palabra pura, que carecería de sentido en tanto que Palabra, sino a la incorporación histórica de esa Palabra a una nueva situación histórica.

b) El receptor de la fe -en nuestro caso la comunidad predicada- plantea dificultades claras, por el hecho mismo de ser el lugar de actualización de las posibilidades reales que contiene la Palabra. Damos por supuesto que se trata de un grupo histórico reunido en nombre de la fe o, al menos, desde un grupo, siempre histórico, que está constituido desde el deseo más o menos explícito de la fe. Ca-



ben desde luego distintos grados de comunidad y de cristianismo en la Comunidad, pues el grupo puede reunirse sin unirse o puede unirse más por otras fuerzas que por la propia fe y amor cristianos (no consideramos aquí el caso individual fuera de la comunidad, porque este hecho no se da más que en apariencia y porque aquí tratamos de la predicación). Pero desde el momento en que nos encontramos con una comunidad histórica que se reúne en relación con la fe-como veremos más tarde en relación con el Reino de Dios- nos hallamos ante el destinatario de la Palabra convocante.

Esta comunidad es necesaria, como acabamos de decir, para que la Palabra vaya dando de sí su plenitud histórica. Sólo para la comunidad y para las personas en comunidad tiene sentido el anuncio del mensaje y sólo una comunidad realmente viva y creadora hará que tome carne histórica la Palabra, hará que la Palabra se haga carne. De ahí que sea indispensable ahondar en la realidad de la comunidad y, sobre todo aunque no exclusivamente, en su necesidad de salvación para poder sacar del mensaje lo que realmente contiene, pero que sólo se actualiza vivamente respecto de una comunidad creyente, que es en sí misma irrepetible y única, junto con todas las demás que son también únicas en su irrepetibilidad.

Ahora bien, esta comunidad así entendida es, por lo pronto, limitada y limitante. No puede ella sola sacar, ni siquiera para sí misma, lo que necesita de la Palabra. Es obvio que no puede constituirse en árbitro de todo lo que dice la Palabra de Dios para cualquier comunidad y para cualquier situación, pero es también claro que no es instancia suficiente por su propia limitación para lograr en un momento dado todo lo que necesita para su crecimiento cristiano. Esto tiene sus raíces en su propio carácter de concreto histórico, que no sólo concretiza una universalidad -y en este sentido la enriquece- sino que limita una totalidad empobreciéndola. Pero fuera de esta razón fundada en la naturaleza propia del grupo histórico, hay otra razón más fundamental desde el punto de vista cristiano.

Toda comunidad cristiana es simul iusta et peccatrix, es a un tiempo santa y pecadora. En cuanto es pecadora -con pecado original-natural, con pecado histórico y con pecados personales- está escapando de la luz de la Palabra; en cuanto reconoce su pecado precisamente



por la luz y la gracia de la Palabra recibida- está haciendo viva la plenitud de la Palabra. La presencia del mal y del pecado es una de las fuentes para descubrir por negación y conversión la verdad y la plenitud de la vida, pero, por otra parte, sólo la presencia inicial de la verdad y la vida de la Palabra pueden llevar a la negación y conversión; Conviertánse, dice la Buena Nueva, porque el Reino de Dios está ya cerca y dentro de ustedes. La remisión constante del pecado a la santidad y de la santidad al pecado es lo que posibilita y limita el dar con la plenitud del mensaje. No se trata de ningún pecado abstracto y general sino del pecado que toma carne en la comunidad y en los componentes de la comunidad, pecado para nuestro propósito más grave cuanto tenga mayor carácter de omisivo, porque la omisión deja en olvido lo que realmente debe ser salvado y santificado.

Tenemos, pues, que los dos polos de la predicación, la Palabra y la Comunidad, plantean por separado y en conjunción graves problemas. ¿Cuáles pueden ser las fuentes de solución?

2. La superación del problematismo Palabra-Comunidad

Palabra y Comunidad son los dos ejes o polos de la predicación. Sólo manteniendo su realidad y avanzando en su dinamismo es posible que la Palabra alcance su plenitud y que la Comunidad vaya enriqueciéndose cristianamente y vaya aportando con la Palabra la salvación que reclama el mundo. Para que este mantenimiento y este avance se consigan, superando sus limitaciones, es preciso atenerse, por lo que toca a la predicación, a ciertos principios fundamentales, que no pretenden ser exclusivos pero sí indispensables. Pueden formularse así: a) el Reino de Dios como horizonte de la predicación; b) primacía de la Palabra eficaz de Dios; c) jerarquización de las comunidades entre sí; d) mediación del predicador como palabra profética de la comunidad; e) acción histórica de la comunidad. Cada uno de ellos exigiría una larga exposición, pero aquí nos centremos a algunas indicaciones.



a) Ante todo, debe formularse adecuadamente ^{el objetivo de} ~~lo que se pretende con~~ la predicación y, más en general, ^{de} ~~con~~ toda la acción pastoral de la Iglesia. Evidentemente no puede ser otro que el practicado por Jesús. Pues bien, el horizonte de la predicación de Jesús y su desglose en objetivos concretos particularizados no es otro que el anuncio y la realización del Reino de Dios en la historia de los hombres, un Reino de Dios que está ya dentro del hombre y que, sin embargo, está también más allá de lo que es su vida diaria; un Reino de Dios que está ya dentro de la historia y que, sin embargo, está más allá del cotidiano curso histórico. Dicho simbólicamente, el anuncio de la Palabra hecha carne debe poner en comunión el cielo con la tierra y la tierra con el cielo; dicho religiosamente debe salvar y redimir la historia de los hombres y a los hombres en su historia; dicho históricamente debe liberar integralmente las opresiones todas del hombre y de la humanidad. Todo lo demás - Iglesia, sacramentos, formulaciones dogmáticas y morales, etc. - debe subordinarse al Reino de Dios, debe subordínarse a que Dios se haga presente entre los hombres como Padre de ellos por su Hijo Jesucristo, que en su muerte y resurrección ha hecho a los hombres hermanos entre sí como hijos de un mismo Padre.

Este Reino de Dios debe hacerse carne en la historia para que allí donde reina actualmente el pecado sobreabunde la gracia y se haga visiblemente encarnado Dios precisamente donde ahora toma visibilidad y realidad el poder del pecado. Es aquí donde debe constituirse el horizonte de la predicación: el Reino de Dios viene a salvar lo que estaba perdido y sólo salvando lo que estaba perdido refulgirá el Reino de Dios. La salvación, sin embargo, no puede circunscribirse a la comunidad ni a las personas dentro de la comunidad: la salvación es sí en comunidad, en Iglesia, pero esa salvación del mundo. No hay salvación de la persona ni de la comunidad sin la mira puesta en la salvación del mundo, en la abolición del pecado del mundo. Hay un sentido católico de la misión y uno se salva salvando a los demás. Quien salva un alma salva la suya, decían con verdad parcial los predicadores clásicos, pero apuntaban a una verdad total: la misión de la Iglesia se extiende a la salvación de todo el mundo y sólo participando en esta misión universal de la Iglesia puede pensarse en la salvación propia.



b) La relación Palabra de Dios-Comunidad inmersa en la historia vive de la convicción de la primacía de la palabra eficaz de Dios. El cristiano recurre a la Palabra de Dios y a su eficacia salvífica como al fundamento último y decisivo de su comprensión de la historia y de su acción sobre ella. Ser cristiano, en efecto, no es vivir conforme a los dictados de la naturaleza o a las exigencias de la razón, no es responder a la situación en la que se vive de un modo autónomo; es, más bien, vivir conforme a lo que fue la vida de Jesús y a lo que es su Palabra. Que la vida y la obra de Jesús, como el resto del mensaje, necesiten de interpretación y necesiten de mediaciones para actualizarse plenamente en una determinada situación histórica, no significa que hayan de perder su originalidad y fuerza propias en aquellas mediaciones desde las que se interpreta o con las que en parte se va realizando su eficacia histórica.

El cristiano cree en el aporte salvífico insustituible de Jesús, centro del mensaje evangélico, incluso para la historia. Cuando hoy se habla de dar su dimensión histórica a la salvación cristiana no se está pretendiendo realizar con ello una labor apologética, como si de lo que se tratara primordialmente es hacer aceptable el mensaje cristiano; se trata más bien de la convicción de que sin el aporte de la fe cristiana no hay salvación del hombre ni de la historia, no hay liberación integral del hombre. Una cosa es que no baste con la fe cristiana para lograr la plena liberación del hombre y de los pueblos, otra muy distinta es que pueda hablarse de una liberación integral del hombre y de los pueblos sin la presencia eficazmente histórica de la fe cristiana. Esta es la razón por la cual se dice que la salvación cristiana no se reduce a un más allá de la historia sino que debe comprometerse con su más acá, pues sin su presencia la historia queda inconclusa como historia de liberación, como reino de la libertad. El aporte cristiano es irreductible y tiene su virtualidad propia. Decir que está al servicio del Reino de Dios no significa que haya de reducirse a ser el momento ideológico de un proyecto histórico, que fuera predominantemente político.



Este es un problema real para quienes buscan contribuir desde el cristianismo a la liberación de los oprimidos socialmente. Hace poco leía uno de sus planteamientos:

Para mí evangelizar es ideologizar y si uno quiere ideologizar con coherencia tiene que ideologizar en vistas a la acción organizada, tiene desde un punto de vista o de otro que hacer coincidir la ideología con cualquier tipo de organización, institución, práctica social que sea... Eso de "evangelizar" lo veo como evasivo e impreciso cuando se trata de presentarlo como alternativa política; más exacto sería decir agitación religiosa y entonces hay que buscarle en cuanto actividad política una justificación coherente como a toda práctica que se presente alternativa a otra: se tiene que justificar y justificar políticamente.

Es un punto de vista predominantemente político. Pero desde un punto de vista predominantemente cristiano no es aceptable la ecuación entre ideologizar y evangelizar, máxime si se entiende la ideología como el acompañante necesario de una acción organizada, cuya finalidad es la revolución, de modo que la evangelización quede reducida a ser agitación religiosa. La evangelización tiene y ha de tener una dimensión política, pero no agota su plenitud en esa dimensión, ni siquiera desde la perspectiva de una salvación histórica. Y esto por dos tipos de razones. Desde un análisis filosófico porque el hombre y la persona, aun considerados como centro de relaciones sociales, consistirían en ser "centro" local rebasa el ser pura relación social; igualmente ha de distinguirse entre la personificación a la que todo hombre se ve forzado por ocupar un lugar u otro en la estructura social y la persona que subyace al personaje como rol social. Estos dos aspectos fundamentales hacen que ningún mensaje, y menos el mensaje evangélico, pueda reducirse al cultivo de la relación social y de la personificación social. Y es que, aun en el supuesto de una estructuras socio-económicas que fueran las mejores posibles en un momento histórico dado, las vidas liberadas no lo serían plenamente; una cosa es que sin un determinado ordenamiento socio-político no se dan las condiciones plenas para una liberación integral y otra que ese ordenamiento agote el campo de la vida personal. La teoría y la práctica muestran que no es así. Y aunque ambos aspectos no puedan ser separados, necesitan un tipo de cultivo distinto. La fe cristiana trasciende incluso la vida política, es más que ella en ella misma y no fuera de ella.

Desde el análisis teológico es obvio que el mensaje revelado, aun aceptando que siempre ha de presentarse en términos de salvación histórica, trasciende realmente la salvación histórica, que ya es en sí misma algo que trasciende a el planteamiento estructuralmente político. Incluso cuando la fe cristiana se compromete, como es su obligación, en la dimensión política de un proceso de liberación política, no se debe pedir de ella tanto una contribución formalmente política -en la línea del poder- cuanto una contribución para que la liberación sea plenamente liberadora. La evangelización no es agitación religiosa sino aporte real, aunque parcial, a la liberación de la persona y aun de los movimientos que se estiman como liberadores. Basta con volver al ejemplo de Jesús para comprobarlo.



y liberación de procesos políticos que se estiman a sí mismos como integralmente liberadores.

c) Por lo que toca al hecho mismo de la comunidad es preciso reconocer que hay pluralidad de comunidades y que se da una jerarquía entre ellas, de modo que unas tienen más posibilidades que otras para dar con la mayor ~~riqueza~~ riqueza de la Palabra.

La necesidad de poner la Palabra de Dios en relación con una determinada comunidad histórica no puede hacer olvidar el peligro de que cada comunidad se cierre a la universalidad de la comunidad eclesial. Sólo la comunidad histórica universal en el tiempo y en el espacio garantizan la actualización completa de la plenitud salvífica de la Palabra de Dios; por ello la apertura a la Palabra total implica la apertura a la unidad de las otras comunidades. Se ha subrayado con razón que la cerrazón de la comunidad sobre sí misma y sobre su pequeño contexto local puede llevar no sólo a la mutilación del mensaje sino a nuevas formas de dogmatismo y de sectarismo intolerantes.

Pero no por eso ha de admitirse que todas las comunidades tengan el mismo rango eclesial: la unidad de la comunidad eclesial es jerárquica. No se habla aquí de la jerarquía institucional que debe ser enfocada desde otra perspectiva sino de la jerarquía de las comunidades ante sí, y esto no en el sentido de que unas deban subordinarse a otras en una disciplina jerárquica sino en el sentido de tener más posibilidades de plenitud eclesial.

Pues bien, desde esta perspectiva parece que debe afirmarse que el lugar pleno y normal de la actualización de la plenitud del evangelio es la comunidad de los pobres históricos, que buscan su liberación integral y luchan por ella. Esta es la comunidad primitiva que instituyó Jesús y ese es el lugar donde puede leerse la totalidad del mensaje en su pureza material sin tener que acudir a espiritualizaciones de las palabras y a intencionalizaciones de las acciones. Ha de reconocerse que la semilla del Jesús histórico fue depositada en una tierra bien precisa y que es esa tierra la que tiene todas las garantías del mejor fruto.



Esta comunidad de los pobres es fundamentalmente aquella que recibe la totalidad del mensaje de Jesús y que con él trata de quitar el pecado del mundo consistente en el desamor y la injusticia y trata de implantar el amor de Dios entre los hombres, por lo que es perseguida como contradictora del mundo de pecado.

La primacía jerárquica de este tipo de comunidad no supone exclusivismo sino lugar primigenio de salvación. Las otras comunidades vivificarán la Palabra y serán vivificadas por ella en cuanto su problema y su horizonte sean el problema y el horizonte de la comunidad de los pobres. Sólo puesta la mirada en este "otro" que revela la presencia y la obra actual de Jesús, las comunidades no pobres podrán ser "espiritualmente" pobres. Ellas también tienen la obligación de impedir que se cometa opresión e injusticia -normalmente pertenecen a ambientes y a naciones, que son de suyo objetivamente opresores- y tienen la obligación de ponerse al lado de ese samaritano atropellado, que es la mayoría del mundo oprimido. Sólo así podrán ser interpellados por el valor profético del evangelio y evitarán el circunscribir el mensaje a los temas de la propia perfección (?) personal.

d) El "predicador" es el hombre de Iglesia que media entre el mensaje y la comunidad. Para ello ha de ser hombre de la comunidad y hombre del mensaje. Realmente todos los miembros de la comunidad lo deben ser y en ese sentido todos ellos deben considerarse anunciadores del mensaje y presentadores de la realidad tal como se hace presente en la comunidad. Lo que decíamos de la pluralidad de comunidades como condición indispensable para la actualización de las posibilidades reales del mensaje, debe decirse también de la pluralidad de las personas dentro de cada comunidad: sólo con el aporte de la situación personal y de la interpelación personal puede constituirse la plenitud y la riqueza de la comunidad. Más aún, este aporte "personal" es indispensable para no hacer del evangelio una cuestión puramente estructural.

Pero esto no obsta a que pueda darse -y en ocasiones deba darse- una división de funciones según los carismas propios y según el encargo de la propia comunidad eclesial. Cuando se da este hecho, el



predicador tiene una función precisa: debe procurar estar imbuido de la totalidad del mensaje y asimismo de la totalidad del mundo histórico, de modo que uno de los polos revierta siempre sobre el otro, aunque sea el polo del mensaje el fundamental. Sólo lo incorporado y asumido puede ser salvado. Por ello ni puede ceñirse el predicador a comunicar algo que está ya ahí cerrado y concluso en el mensaje, ni puede tampoco quedarse atrapado en la presentación y el análisis de lo que es la realidad y el pecado del mundo; debe, más bien, ir permanentemente de un polo al otro, impulsando a la comunidad y acompañado por la comunidad en todo este proceso. Muchas de las riquezas del evangelio se descubren como respuestas a las necesidades que presenta la comunidad en su marcha histórica, esto es, en su misión salvadora del mundo y de la historia.

e) Efectivamente la comunidad debe estar comprometida en una acción histórica. La misión de la comunidad prolonga la misión que Jesús ha recibido del Padre, de modo que ha de haber un paralelismo entre la actividad misionera de ~~la comunidad~~ ^{de Jesús} y la de las comunidades, especialmente en lo que toca a las dificultades encontradas que llegarán hasta la persecución y la muerte, pues el mensaje de amor les acarrearán paradójicamente el odio del mundo, porque el mundo está construido de espaldas al amor. Como Jesús, no es la comunidad la que se envía a sí misma sino que es enviada a través de Jesús por el Padre y para que ~~este~~ envío sea verdadero, la comunidad debe estar realmente cerca de Jesús, tanto de la persona misma de Jesús como de su presencia personal entre los hombres. La palabra y la acción de la comunidad no son sin más suyas sino que son palabra y acción de quien la envía; para ello recibirán el Espíritu Santo, que será en ellos la fuerza capaz de interpretar el mundo a la luz de Jesús y de transformarlo en virtud de su fuerza para dar paso a un hombre nuevo y a una tierra nueva, pues el espíritu está orientado al don de la vida y del amor, porque es el espíritu el que vivifica -el que da vida- mientras que la carne del pecado ~~no sirve de nada y lo que ha de hacerse es quitar el pecado del mundo.~~ ^{es la que trae la muerte}

Sólo en este compromiso apostólico histórico tiene sentido la comunidad de los seguidores de Jesús. Compromiso apostólico que



deberá entenderse desde formas distintas y con diversos ministerios, pero que no podrá dejar de ser una acción transformativa y salvadora del mundo so pena de romper con el seguimiento de Jesús y con los dictados del Espíritu. Es esta acción la que impulsará a buscar la luz y la fuerza del mensaje y es la luz y la fuerza del mensaje lo que llevará a una acción cada vez más esforzada. Acción una vez más que no tiene como objetivo primordial ni siquiera como medio fundamental el robustecimiento de una Iglesia institucional sino la implantación en el mundo del Reino de Dios.

En el planteamiento de la relación entre comunidad y palabra de Dios nos encontrábamos con una serie de problemas -facilidades y dificultades- que surgían de ambos polos. Esos problemas indican el camino de la solución. En cinco puntos hemos apuntado algunos principios prácticos de solución. Hay, desde luego, más aspectos por atender y los mismos aspectos esbozados necesitan de mayor precisión. Pero con lo indicado puede intentarse creativamente poner en relación crítica la comunidad con la Palabra y la Palabra con la comunidad. Logrado esto, la predicación cristiana podrá ser animadora de la comunidad y transformadora de los hombres y de la realidad histórica, en lo que le compete como predicación cristiana.

